

Te voy a contar un cuento

La narrativa como estrategia didáctica

Margarita Hurtado Badiola

Introducción

En el presente artículo se analiza la importancia del cuento como estrategia didáctica, debido a su eficacia para el desarrollo de habilidades cognitivas. En especial, se pone énfasis en la utilización del cuento como una estrategia para la educación ambiental de niños y adultos, a partir de la experiencia de la implementación del texto “Una naranja con historia” en diversos talleres y se muestran los resultados, así como algunas recomendaciones para la acción en la educación popular, en cualquiera de sus modalidades.

La importancia del cuento como estrategia didáctica

El gusto por los cuentos me viene desde la infancia y guarda relación con mi nombre. Recuerdo que uno de mis hermanos mayores me repetía frecuentemente: “Margarita, está linda la mar y el viento lleva esencias sutiles de azahar. Margarita, te voy a contar un cuento”. Nunca me lo contó y yo me quedaba con la ilusión de escucharlo. Cursaba el quinto grado de primaria cuando la maestra dijo:

—“Abran su libro de lecturas en la página 56; Margarita Hurtado, empieza a leer en voz alta”.

Entonces me puse de pie como había que hacerlo y comienzo la lectura:

—*La niña y la estrella* de Rubén Darío: “Margarita, está linda la mar y el viento lleva esencia sutil de azahar; yo siento en el alma una alondra cantar: Margarita, te voy a contar un cuento”.

Mi voz se quebró de emoción. Por fortuna la maestra dijo:

—Alejandra Beguerise, continúe...

Entonces me senté emocionada a escuchar con toda atención la voz de mi compañera. No lo podía creer, ¡al fin iba a escuchar el cuento!:

—Este era un rey que tenía un palacio de diamantes, una tienda hecha de día y un rebaño de elefantes, un kiosco de malaquita y un gran manto de tisú, y una gentil princesita, tan bonita Margarita, tan bonita como tú.

El corazón me latía rápidamente. Sentía que este cuento había sido escrito para mí, que me comparaban ni más ni menos que con una princesita, diciendo además que era tan bonita como yo, y que las princesas primorosas se parecían mucho a mí.

Me mantuve absorta escuchando las diferentes voces de mis compañeras que intervinieron en la lectura de ese hermoso cuento escrito en forma de poema que se quedó grabado en mi memoria junto a la idea de que había sido escrito para mí y no, como después supe, para Margarita Debayle.

Como profesional de la educación, hoy, a la luz de la teoría y de mis más de cuatro décadas de experiencia frente a grupos muy diversos, puedo afirmar que el cuento es un género literario capaz de transformarse en un recurso didáctico para ser usado con estudiantes de todos los niveles y con grupos diversos: con hombres y mujeres de cualquier edad, trabajadores, empresarios, campesinos, etcétera. A lo largo de mi trayectoria como educadora popular, tanto en la modalidad formal como no formal, siempre he escuchado un rotundo ¡sí! a la pregunta: “¿quieren escuchar un cuento?”.

Ejercí como maestra de primaria en grupos de primero a sexto, de edades entre seis y doce años. Con todos recurrí al cuento para motivar a mis estudiantes a trabajar y a tener buena conducta:

—Si terminan bien su trabajo, les cuento un cuento. Y se esmeraban en su labor.

—Si se portan bien, les voy a leer un cuento. Y de verdad, hasta quienes ahora serían diagnosticados con déficit de atención, hacían un esfuerzo por controlar su inquietud. Escuchar algún cuento equivalía a una dosis de Ritalín, medicamento tan recetado en nuestros días para controlar la hiperactividad. El cuento sirve “para establecer una corriente de confianza entre maestro y alumnos al tiempo que es un método para cultivar los hábitos de atención. El cuento o relato sirve para conquistar la atención y aprovechar ese momento para mostrar esas reflexiones o valores que queremos inducir” (De la Torre, 2010, p. 11).

Otra estrategia para motivar a mis estudiantes era tener libros de cuentos en el salón para que cuando alguien terminara su trabajo antes que sus compañeros, pudiera elegir uno y leerlo mientras los demás acababan.

Los cuentos también han probado ser un apoyo eficaz para desarrollar en los niños la comprensión lectora y ampliar su vocabulario. ¿Y qué decir de la imaginación? Aún recuerdo cuando al escuchar aquel cuento, en mi mente se dibujaban el “palacio de diamantes” con sus destellos y los cuatrocientos elefantes desfilando a la orilla de la mar, a pesar de que yo sólo conocía el Palacio de Cortés de Cuernavaca y el elefante del zoológico de Chapultepec.

El cuento como estrategia didáctica se basa en posturas constructivistas y como un género de la literatura popular tiene beneficios pedagógicos:

“procuran entretenimiento, gozo, diversión, tranquilidad y desahogo. El cuento compagina muchos sucesos tales como fascinación, hechizo, magia, peligros, peripecias, hazañas, fantasía, creatividad, imaginación, elementos que están asociados a los niños y las niñas” (Fernández, 2010, p. 1).

Leer o escuchar un cuento pone a trabajar a nuestros dos hemisferios cerebrales y estimula la interconexión entre ambos. De manera especial favorece las funciones del derecho, relacionado con nuestra capacidad creativa, con la imaginación, la fantasía, la intuición, la magia, la capacidad de expresar nuestras emociones y sentimientos; a diferencia del hemisferio izquierdo, que desarrolla el lenguaje y el pensamiento lógico matemático. Es nuestra parte racional, fría, realista.

Como seres humanos, nos hace sentir más felices realizar actividades, aprender a través del juego, de la risa, sentirnos libres, creativos, flexibles, sin límites en nuestros pensamientos e ideas, echar a andar nuestras fantasías. Recuerdo que nada limitó mi pensamiento al escuchar aquel fragmento del cuento: “Las princesas primorosas se parecen mucho a ti, cortan lirios, cortan rosas, cortan astros, son así”. Me transformé en una princesa volando en la azul inmensidad para cortar una estrella y me sentí muy feliz al hacerlo.

Ya como maestra, a sabiendas de esta preferencia natural por trabajar con nuestro hemisferio derecho, preguntaba a mi grupo:

—A ver, mis amores, ¿qué quieren?, ¿cuentas o cuentos? Y todos al unísono respondían: ¡cuentos!, ¡cuentos! Ya después del tiempo de lectura, los ánimos estaban listos para entrarle a las fracciones comunes o a las divisiones con decimales.

El cuento-poema de Rubén Darío que me deleitó en mi infancia, me motivó a entender el significado de muchas palabras: ¿qué será la malaquita?, ¿y eso de tisú?, sólo sabiéndolo podría imaginar cómo eran el kiosco y el manto que tenía el rey. Pero, además, me enseñó que los cuentos nos muestran que la realidad puede ser transformada o convertirnos en personajes muy diversos o llevarnos a escenarios o mundos donde la imaginación no presenta límites, y todo ello es susceptible de ser capitalizado en los procesos educativos a través de poner en un juego multidimensional la inteligencia, la sensibilidad y la espiritualidad humana.

Mi experiencia con el uso del cuento como estrategia didáctica en la educación ambiental

Los últimos 30 años de mi práctica profesional han estado enfocados en el campo de la educación popular ambiental, tanto en el ámbito escolarizado como en el no formal. En ambos casos he abordado la temática desde un enfoque lúdico, convencida de que, si bien la problemática ambiental es catastrófica y estamos a contrarreloj para enfrentarla, si no lo hacemos

desde una visión esperanzadora, nos paralizaremos sin conseguir transformar la realidad, negando nuestro papel histórico.

Paulo Freire, gran filósofo y educador popular, propone una *Pedagogía de la esperanza*, y sostiene que este valor es parte de la esencia humana: “no soy esperanzado por pura terquedad, sino por imperativo existencial e histórico”. Sin duda la esperanza debe motivar a la acción transformadora: “En cuanto necesidad ontológica, la esperanza necesita de la práctica para volverse historia concreta” (Freire, 1993, p. 8).

Es preciso ser objetivos y realistas, usar nuestro hemisferio izquierdo; pero es también indispensable reconocer que podemos y debemos soñar en una realidad distinta, hacer funcionar el derecho y comprometernos a actuar para crearla, interconectando ambos. Así evitaremos lo que Freire señala: “el objetivismo mecanicista niega a la subjetividad todo papel en el proceso histórico” (p. 20).

Algo que he visto en mi práctica educativa es la conveniencia de abordar la compleja problemática ambiental desde una visión esperanzadora acompañada de una práctica basada en el compromiso histórico que tenemos los seres humanos, capaz de incidir en la realidad para recrearla. En tal sentido, he podido constatar que el aprendizaje a través del cuento queda en la memoria de largo plazo al hacer partícipe del proceso educativo a nuestro sistema sensorial. El cuento como una narración didáctica favorece la construcción de una memoria en la que poco a poco nos vamos haciendo parte “...el relato-memoria, como narración que se vincula con la vida, de modo que ésta empieza a ser vida narrada, y en esta forma se construye una memoria social que es capaz de dialogar con los relatos aglutinantes de la cultura” (Jaramillo, 2012, p. 91).

Recordamos mejor en la medida en que intervienen más sentidos en el proceso de aprendizaje. Podemos aprender el concepto de “bosques de coníferas” en la clase de biología y el *profé* o Wikipedia nos podrían dar una definición más o menos así: “son ecosistemas donde predominan los árboles que presentan hojas perennes aciculares”. Y quizás debamos memorizarlo para el examen y luego lo olvidaremos. Aprendimos con el hemisferio izquierdo. Pero se nos quedará para siempre en nuestra memoria lo que es un bosque, si pasamos una mañana o acampamos en él y estando allí respiramos el aroma de los pinos, tocamos su follaje, escuchamos el canto de los pájaros, y si en ese escenario vivimos alguna experiencia gratificante como pudiera ser un día de campo con la familia. Entonces valoraremos la importancia de cuidarlo, nos dolerá saber que lo están talando para fabricar papel, y será más fácil pensar en la relevancia de reducir su consumo o de propiciar su reciclaje. El cuento está más cerca de la vivencia que del primer tipo de aprendizaje conceptual.

Una experiencia en el uso del cuento como herramienta educativa para temas ambientales

Bajo el principio pedagógico de que el aprendizaje es más efectivo en la medida en que participe en él un mayor número de nuestros sentidos, escribí “Una naranja con historia”. No es en sentido estricto un cuento, sino un relato que después lo hice en versión de audiolibro. Este material ha resultado un gran apoyo didáctico con públicos diversos que incluyen a menores y adultos con diferentes grados de escolaridad. Y he confirmado que “El cuento ha pasado de ser un entretenimiento de infancia a un recurso verbal para dar sentido a todo aquello que lo ha perdido. Induciendo valores, comportamientos e incorporando todos aquellos contenidos que deseamos transmitir” (De la Torre, 2010, p. 10).

Dicho relato, empleado como estrategia didáctica, se trabaja en grupo leyéndolo en voz alta o escuchando el audio mientras se sigue la lectura en silencio. Se requiere contar con una naranja para cada participante, la cual se les reparte en un determinado punto del texto que invita a tomarla en sus manos, olerla, pelarla, saborearla y finalmente a depositar las cáscaras en un recipiente para llevarlas a la composta.

Se trata de un relato en el que el personaje es una naranja orgánica que narra dónde y cómo nació:

—No soy una naranja cualquiera, tengo una historia muy especial y te la voy a contar: nací en las cálidas tierras del estado de Morelos, en el rancho La Troje, ubicado en un lugar llamado Tehuixtla, que en idioma náhuatl significa lugar de las piedras puntiagudas...

“Una naranja con historia” propicia aprendizajes en los que participan todos los sentidos: ver las letras y las ilustraciones, escuchar el relato y la música, palpar y oler la naranja, saborearla. Estimula también la imaginación y la creatividad al darle vida humana a una fruta que nos dice:

—¿Verdad que tengo una historia muy especial? Ya de por sí, las naranjas tenemos fama de ser muy ricas en vitaminas y minerales. Todo mundo sabe que tenemos mucha vitamina C, y es cierto, pero la verdad, y sin afán de presumir, también te podemos proporcionar mucho potasio, calcio, magnesio, zinc, carotenos y aceites esenciales con los que se pueden preparar perfumes y medicamentos.

Recuerdo una ocasión en la cual, al concluir la lectura, un maestro se me acercó y me dijo: “Yo voy a escribir acerca de *una guayaba con historia*; por aquí se dan mucho los guayabos”.

En otra ocasión presenté el audiolibro ante un grupo de sexto año de una escuela rural. Ya cuando me iba una chica se me acercó y me preguntó: “¿de verdad tú escribiste este cuento?”. Le respondí que sí y me dijo: “por favor, escribe más cuentos”. Le prometí hacerlo, espero cumplirlo.

Valga mi testimonio como la Margarita que guarda en su memoria un cuento que creyó que había sido escrito para ella y como educadora de

toda la vida que ha recurrido a este género literario como un valioso recurso que contribuye a la formación de seres humanos plenos y felices. Y esto, de verdad, puedo asegurar que no es un cuento.

Recomendaciones

El cuento puede usarse de muy variadas maneras como estrategia pedagógica:

1. Iniciar la lectura de un cuento ante el grupo y parar de cuando en cuando para preguntar: ¿qué creen que va a pasar?
2. Leer el cuento de corrido hasta un poco antes del final. Preguntar: ¿cómo creen que va a terminar esta historia?
3. Leer el cuento de principio a fin y pedir que cambien el final.
4. Sentarse en círculo, empezar un cuento con la frase clásica: "había una vez..." y construir entre todo el grupo una historia, haciendo que cada quien vaya agregando una parte.
5. La misma dinámica puede ser usada para trabajar una situación conflictiva del propio grupo, como pudiera ser el tema del *bullying*. "Había una vez una niña que estaba muy triste porque uno de sus compañeros se burló de ella...". Entre todos construyen la trama y al finalizar se hace un debate acerca del tema. Esta dinámica permite trabajar simultáneamente con los dos hemisferios cerebrales haciendo interconexiones entre sentimientos, emociones y reflexiones analíticas.
6. Se lee un cuento clásico como *La Cenicienta* y se plantean preguntas para reflexionar acerca de elementos de la historia desde diferentes perspectivas: la madrastra aparece como una mala mujer, pero: ¿qué hay del papá de la Cenicienta o de las hermanastras?, ¿por qué no están presentes?
7. Leer un cuento y después representarlo a través de obras de teatro con personajes reales, muñecos guiñol o marionetas. La actividad puede involucrar a todo el grupo: algunos gustarán de actuar o manipular títeres; otros, de hacer la escenografía, construir el teatrino, musicalizar la obra o encargarse de la iluminación. Después de representar el cuento, se podrá realizar un debate acerca del tema que éste aborde.

Todos estos ejercicios favorecen el desarrollo del pensamiento creativo, de la imaginación; ayudan a ser más analíticos, más flexibles en cuanto a nuestras ideas. Ponen en juego nuestra escala de valores al plantear dilemas éticos, al hablar del bien y del mal.

Referencias y lecturas sugeridas

DE LA TORRE, S. (2010), *El relato como estrategia didáctica creativa*, http://www.ub.edu/sentipensar/pdf/saturnino/el_relato_como_estrategia_didactica_creativa.pdf

FERNÁNDEZ, C.G. (2010), "El cuento como recurso didáctico", *Innovación y Experiencias Educativas*, núm. 26, enero, en: https://archivos.csif.es/archivos/andalucia/ensenanza/revistas/csicsif/revista/pdf/Numero_26/CRISTINA_GEMA_FERNANDEZ_SERON_01.pdf

FREIRE, P. (1993), *Pedagogía de la esperanza*, México, Siglo XXI editores.

JARAMILLO, C. (2012), "El cuento como estrategia didáctica para el desarrollo de competencias ciudadanas", en *Plumilla Educativa*, vol. 9, núm. 1, pp. 85-101, en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4319802>

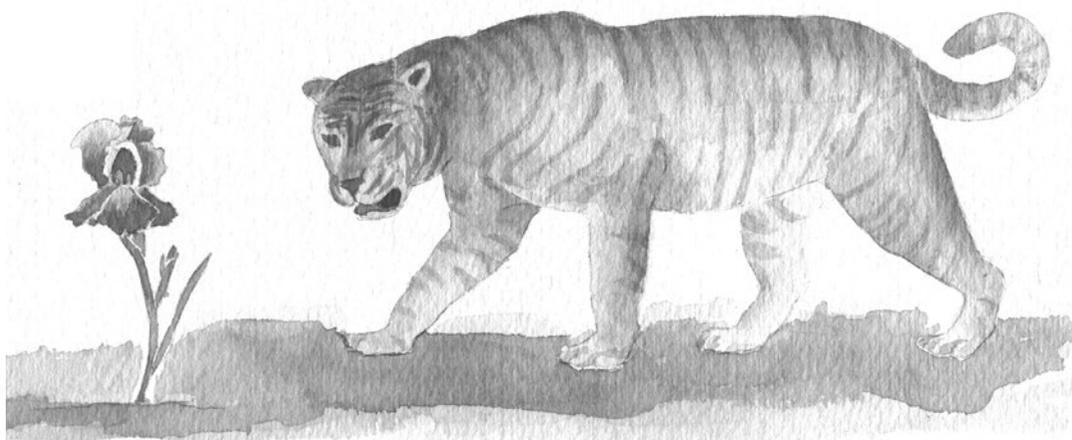


Ilustración: Valentín Juárez Rumbia.